

Instituciópatas

Ensayo sobre prácticas manicomiales en un Hospital General de Tomás Pal

Alejandro Vainer

Lic. en Psicología (UBA).
Psicoanalista. Docente y supervisor
de residentes de Salud Mental.
Coordinador General de la
revista Topía, publicación de
Psicoanálisis, Sociedad y Cultura.

alejandro.vainer@topia.com.ar

Las presentaciones de los libros suelen ser aburridas.
Las reseñas escritas aún más.

Este es un libro diferente, un libro “distinguido”, en el sentido que le daba a ese término Fernando Ulloa en sus intervenciones institucionales. “Distinguido” como quien se distingue en un grupo. Aquí, por varios motivos. Porque ganó la primera mención del Sexto Concurso de ensayo de la Revista y la Editorial Topía. También porque relata de una forma implicada su trabajo clínico e institucional. Hay muy pocos libros “jugados” en nuestro campo, donde la formalidad se convierte en elogio y aburrimiento.

En Psicoanálisis y Salud Mental del siglo XXI, los textos suelen ser serios y prudentes. De vez en cuando alguien tiene un trazo de humor... pero son excepciones, como este autor, que retoma una forma que en la Argentina abrió Emilio Rodríguez. Y que no tiene muchos continuadores. El Rodríguez de El Antiyoyó específicamente, donde

criticaba a la burocracia del psicoanálisis esclerosado de la IPA y que se reprochaba por no haberle dado la mano a un paciente terminal internado debido a seguir religiosamente el culto a la abstinencia. Si hay una filiación internacional posible, probablemente sea un David Cooper o los textos más autobiográficos de Ronald Laing de un lado del canal de la mancha y un François Perrier nadando por translacania (o transresidencia en castellano).

El libro comienza con un epígrafe de Oesterheld, donde reafirma que el único héroe es el grupo. Aquí, aunque veamos un autor individual, tenemos que tener presente un grupo que ayudó a su producción. Los agradecimientos dicen algo de esto. Pero también la institución responsable del título.

El prólogo de Alicia Stolkiner abre algunas líneas de lectura. Ella se pregunta si es oportuno mostrar las “miserias” de los servicios estatales de Salud Mental. Hay quienes piensan que no es así. Dicen que se les hace un juego a quienes atacan. Creo que esa postura no hizo sino debilitar nuestro campo de Salud Mental. Donde se toman críticas como equivalente de ataques. No siempre son sinónimos. Si no hay espacio para las críticas es imposible avanzar porque sólo encontramos fieles complacientes de un lado y enemigos en el otro. Un ejemplo. Fernando Ulloa presentó en el V Congreso Argentino de Psiquiatría (1972),

organizado por la FAP (la “desaparecida” Federación Argentina de Psiquiatría, un gremio de los más luchadores en el campo de la Salud), donde analizaba las condiciones de trabajo de los Trabajadores de Salud Mental en Centros de Salud Mental, Hospitales Generales y Manicomios. Ahí, ya entonces señalaba las prácticas manicomiales en la internación de un hospital general. Creo que es un precedente indispensable, ya que una de las hipótesis es que lo manicomial no son las paredes del manicomio.

En la introducción Tomás nos muestra cómo este libro es fruto de su pasaje por la residencia y de un caso clínico que nos lleva a mostrar el funcionamiento de un Servicio de Salud Mental con internación en una institución hospitalaria.

Qué temas podemos encontrar a lo largo del libro

- 1) El llamado “entramado manicomial post edificación”, tal como lo llama el autor. La burocratización de las instituciones, que terminan funcionando como manicomios.
- 2) La crítica o la “autopsia” de las hegemonías. En este caso, el biologicismo y “el psicoanálisis milleriano, poslacaniano, freudo-lacanian, comórbido, freudo-newtonista o psicoanalismo”...

Ambas corrientes comparten “el reduccionismo, el esencialismo y el rechazo de la función historizante, al igual que la omisión de la contextualización histórica de los objetos de estudio y de las propias prácticas” (pág. 31).

3) La formación en las residencias de Salud Mental (en la ciudad de Buenos Aires, Argentina). El libro transita desde el primero hasta el último día de la residencia. Y describe todos sus avatares.

Estas tres líneas tienen un particular tratamiento, el estilo de Tomás Pal. Transcribo algunas líneas para que los lectores puedan “palparlo”:

En el inicio: “Desperté a mi compañera y nos dirigimos a la entrada, entregados a la dramática tarea de llevar a cabo una re-internación sin aire acondicionado” (pág. 37).

O la desazón de los psiquiatras varones en el día que Tomás ingresó a la residencia porque eran tres psicólogos varones: “Los psiquiatras macho tenían un fastidio evidente... Luego de un año de especulación... ¿Ninguna chica? Sueños disipados por una aberración del azar. ¡Tantísimas fantasías de guardia hechas trizas!” (pág. 40).

“A sedación soberbia, la entrevista se abrevia” (pág. 41).

Definir al neurólogo Facundo Manes como “neuropolítico argentino” (pág. 43).

Describir los tipos de glúteos para la inyección intramuscular (pág. 46).

Situar el Trastorno Límite del Profesional (pág. 56) para una forma de patología de los Trabajadores de Salud Mental.

Podría seguir con estas transcripciones, pero creo condensan la observación, la inteligencia y el ácido humor del autor.

Pero lo central en el libro es la relación con Víctor, aquel paciente reinternado, al cual le asignaron dos médicos porque no sólo tenía diagnóstico de esquizofrenia sino también un traumatismo craneoencefálico con pérdida de masa cerebral e innumerables secuelas. Un fierrazo en la cabeza.

No lo dejan salir para las fiestas y atraviesa un vidrio de la puerta con su puño. Después empieza a tirar cascos a las ventanas. Claro, no tenía psicólogo porque no tenía nada para decir. “Si no me pinchan la cola no van a hacerme callar” (pág. 59). Por qué no preguntarse por qué arrojaba cascos, “adormecidos en el conformismo de la peligrosidad” (pag. 60). El autor pone manos en el asunto. Y lo empieza a ver esa misma semana y comienza el encuentro del paciente con el autor.

Hay perlas en el relato de esta historia clínica

El vínculo con Víctor nos muestra a un terapeuta, que “no practica las teorías, sino que teoriza prácticas” (un aforismo tan potente de Fernando Ulloa). Pocos diálogos en el consultorio, sino muchos caminando por el hospital, como Freud con Katherina, Freud con Mahler... y tanto de ese espíritu que en nuestro país representó Enrique Pichon-Rivière, de construir el espacio clínico a la medida del vínculo y no un diván de Procusto. Empieza en una complicidad entre ambos, como se refleja en cuando entra otro paciente buscando a Tomás a los gritos “los extraterrestres”. Tomás sale y cuando vuelve, Víctor, afectivizado y para nada descerebrado le dice “este está peor que yo”.

En el relato se afianza un vínculo terapéutico. Le empieza a dar plata para cigarrillos que retribuirá Víctor con sándwiches de milanesa para “almorzar juntos” en el hospital. Después de eso, hay un diálogo crucial. De esos que no pueden ser planificados y cambian el rumbo de un tratamiento.

“Estoy enojadísimo, voy a romper todo, ya van a conocer –farfulló fatídicamente mientras constreñía sus puños con una fuerza deliberada.

“¿Vamos a hablar de lo triste que estás o vas a seguir haciéndote el áspero?”

Aunque el autor hace una o varias interpretaciones lacanianas de “ello”, para el caso no importa. Cualquiera puede interpretar algo sobre este hecho. Darle una teórica a una experiencia clínica transformadora. Víctor comenzó a llorar en un nanosegundo. “Nuestras conversaciones cambiaron para siempre”, dice el autor.

Diálogo, alta tras 5 meses y medio. La lucha por las cuestiones básicas de la vida de alguien que estuvo internado en un hospital y padece además de lo llamado mental estar en el borde de una sociedad capitalista, que no alberga sino que ni siquiera importa en medio de burocracias. El libro también es un diario de la propia residencia de Salud Mental. Y sirve para poder repensar la formación en Salud Mental. Lo que implica varios tópicos:

La interdisciplina y no tomarla como un mandato superyoico o un ideal utópico. “Hoy, la supuesta interdisciplina parece más bien un centro comercial de varios pisos aislados entre sí, cuya delimitación de las incumbencias responde a una visión demasiado anodina sobre la demarcación disciplinaria aprendida en los estudios de grado.” (pág. 103).

La subjetividad de los Trabajadores de Salud Mental. O qué hacer con la angustia que promueve la capacitación. Cómo usar sueños pro-

pios que son metabolizadores de la formación, herramientas contratransferenciales.

El trabajo en equipo. O la inquietante leyenda futbolera: “equipo que gana no se toca”, aplicada a la medicación. La historia de esta leyenda está en el libro, pueden leerla.

La crítica a las hegemonías: “Luego de 3.500 horas de guardia interna sin supervisar, incontable cantidad de tratamientos y un cuestionable promedio de cinco libros leídos al año, ambas disciplinas terminan transformándose en un oficio oscurantista intrahospitalario, cuando no, en una práctica tecnocrática que forcluye su dimensión ética.” (pág. 109).

Todo esto en medio de las peripecias del tratamiento y alta de Víctor, donde la escena final parece sacada de un libro, como el que espero el lector se encuentre.

Un libro donde el autor se abre y además nos abre muchos caminos. Lo mejor que le podemos pedir a cualquier texto. Que nos lleve hacia otros lugares que no habíamos ido antes de leerlo. Espero se encuentren con el libro y disfruten el viaje.

